

Áreas geográficas de las etnias prerromanas de Cataluña

Josep Padró*
Enric Sanmartí**

ABSTRACT

The Iberian material culture in the Catalonia area was formed from the 6th century B.C. onwards as a result of the impact of Phoenician and Greek colonisation. The latter, especially from its trading post of Ampurias, made a decisive contribution to the urbanising process of Iberian society. At the beginning, Iberian material culture demonstrates a surprising unity from the Lower Ebro to Western Languedoc. In this period Hecataeus of Miletus locates only two distinct tribes — the Ileraugates and the Misgetes — in present-day Catalonia. From the 3rd century B.C., when written records reappear, this Iberian world appears to be fragmented into numerous peoples with different names.

Despite its material culture being relatively uniform, some archaeological remains allow distinguishing criteria to be established. This new line of research will make it possible, by charting these criteria, to define the limits of the pre-Roman tribes of Catalonia more accurately.

RESUMEN

La cultura material ibérica en el área catalana se forma a partir del siglo VI a.C. como consecuencia de los impactos colonizadores fenicio y griego. Este último, especialmente desde su emplazamiento de Emporio contribuyó decisivamente al proceso urbanizador de la sociedad ibérica. Al principio, la cultura material ibérica muestra una unidad sorprendente entre el Bajo Ebro y el Languedoc Occidental. Es en esta época cuando Hecateo de Mileto sitúa en el actual territorio catalán sólo dos etnias diferenciadas: los ileraugates y los misgetes. Cuando a partir del siglo III a.C. volvemos a tener noticias por las fuentes escritas, el mundo ibérico catalán aparece fragmentado en un número considerable de pueblos con nombres distintos. A pesar de que su cultura material sigue siendo relativamente uniforme, sin embargo algunos indicios arqueológicos empiezan a permitir establecer algunos criterios diferenciativos. Esta línea de investigación está apenas comenzando, pero si cartografiamos dichos criterios podremos empezar a definir los límites divisorios de los pueblos prerromanos de Cataluña.

1. INTRODUCCION

La forma tradicional de enfocar el estudio de las etnias ibéricas, al menos en lo que concierne a las que fueron propias del actual ámbito catalán, ha consistido en tomar en consideración la distribución territorial que de una forma más o menos real las fuentes literarias dejan entrever, para después, con la ayuda de la arqueología, y en el marco de unas realidades geográficas concretas, intentar ubicarlas haciéndolas detentadoras de unos paradigmas culturales que en teoría deberían hallar su traducción física en la cultura material que supuestamente generó cada una de ellas.

Esta forma de enfocar el problema, el cual por lo demás está lejos de haber sido resuelto, se halla muy alejada de las actuales maneras de concebir la investigación paleoetnológica, la cual, en líneas generales intenta, partiendo del análisis objetivo del hecho arqueológico, establecer unas realidades estructuradas en sistemas y subsistemas dentro de los cuales deberían tener o no cabida los hechos supuestamente históricos relatados por unas fuentes que, para el momento inicial del período se reducen a algo tan inseguro como es el Periplo de Avieno o a las escuetas noticias de Hecateo de Mileto recopiladas en la obra de Esteban de Bizancio.

Sin embargo, en un territorio donde desde hace ya muchos, muchísimos años, la actividad arqueológica ha sido, en algunas comarcas, episódica y, en la mayoría de las restantes, absolutamente nula, difícilmente pueden los investigadores realizar «análisis objetivos del hecho arqueológico» porque sencillamente el «hecho arqueológico» a menudo no existe. Fácil es, pues, comprender que las dificultades que se ofrecen a quien desee llevar a cabo una aproximación a la realidad del mundo ibérico catalán son de una cierta envergadura y que ésta estará larvada por una más que notable falta de información utilizable. Con todo, este panorama, por desolado que parezca, puede sin embargo ser en parte paliado si tomamos en consideración el caudal de conocimientos acumulados gracias al desarrollo de la línea de investigación encaminada a establecer, a lo largo de la década de los años 70, cuáles fueron los factores desencadenantes del proceso iberizador y determinar de qué forma y manera éste fue realizado.

En efecto, si desde la desembocadura del Ebro extendemos nuestra mirada hasta la del Hérault comprobaremos que, para lo que hace referencia a los siglos VI y V, y en base sobre todo a la cultura material que proporciona el estudio de las necrópolis, no encontramos notables diferencias de un extremo al otro del territorio en cuestión. Da la sensación de que una gran homogeneidad cultural presidió los albores de la cultura ibérica, la cual, al menos por lo que atañe a sus aspectos funerarios, se nos aparece como una continuación de los Campos de Urnas en los que se hallarán ya presentes el instrumental de hierro y la cerámica a torno. Para esta primera fase hemos de enfatizar algo que en nuestra opinión no ha sido teni-

* Universitat de Barcelona.

** Museu d'Empúries.

do en cuenta en demasía y que puede estar en la base explicativa de muchos de los interrogantes que el iberismo inicial plantea. Nos referimos concretamente a la presencia griega en Cataluña a partir de la fundación de *Emporion* y al hecho de que hasta el siglo III a.C. el dominio ibérico en el Sur de la Galia alcance sólo hasta donde llegan las influencias económicas y comerciales de nuestra ciudad, es decir, hasta el límite que determinan los ríos Orb y Hérault. Por nuestra parte, y sin ánimo de explicarlo todo en función de los intereses económicos de la fundación focea, pensamos que si hay motivos sobrados para pensar que *Emporion* debió de jugar un papel muy importante en los mecanismos transformadores de las sociedades indígenas circundantes actuando a modo de fermento desencadenante de unos procesos que no por intuitivos se hallan, desgraciadamente, satisfactoriamente explicados.

Si un elemento hay que tomar en cuenta en Cataluña a la hora de determinar si la cultura ibérica ya ha hecho su aparición en el territorio, éste es sin lugar a dudas el urbanismo, visto no únicamente como un hecho físico y estructural, sino como un complejo laboratorio en el que se habrán de dar las diferentes combinaciones sociales que habrán de estructurar a las sociedades indígenas en algo muy distinto de lo que había existido antes. Bien es verdad que en el Sur y en el Este del Principado habían existido asentamientos preurbanos estables en alguna medida, producto de la expansión del Bronce valenciano hacia el interior del País o de la llegada de las poblaciones inmigrantes europeas que a lo largo de las tres primeras centurias del primer milenio colonizarán la Cataluña del Poniente, pero la impresión que produce su presencia en el territorio se halla muy alejada de la potente estructuración que será privativa de la época ibérica y que en algunas comarcas pondrá los cimientos de una configuración preestatal que será la que encontrarán los romanos a fines del siglo III a.C. Pero al lado mismo de estas realidades preurbanas que acabamos de citar, no hay que olvidar que en la Cataluña costera, por ejemplo, la eclosión de los asentamientos ibéricos será, mientras no se demuestre lo contrario, la primera ocasión en la que hemos de ver a la población autóctona abandonando los lugares de habitación troglodíticos para instalarse al aire libre. De ahí que pongamos el acento en el hecho, para nosotros trascendental, de la aparición de la vida urbana coincidiendo con lo que hemos dado en llamar cultura ibérica.

De lo que acabamos de avanzar puede deducirse, sin demasiadas dificultades, que sería extremadamente provechoso a la hora de diagnosticar cómo era la realidad ibérica en los albores de su andadura histórica, el poder conocer con detalle la realidad urbana del territorio ibérico catalán a lo largo de la segunda mitad del siglo VI, pero como ya hemos tenido ocasión de avanzar más arriba, los asentamientos estables nos son poco y, sobre todo, irregularmente conocidos, de manera que hemos de echar mano casi exclusivamente del registro arqueológico de tipo funerario, un espejo éste de gran interés, útil en muchos aspectos, pero para el cual hemos de reconocer que es deformante si no va acompañado del reverso de la medalla

que representa el conocimiento de los hábitats coetáneos. Con todo, no podemos quedarnos al margen de un intento de valoración crítica de los asentamientos pues, ante la uniformidad funeraria, ellos serán, sin duda, los elementos que, junto a otros de la cultura material, nos habrán de dar la clave para conocer las características definitivas, si es que verdaderamente existieron, entre las diferentes agrupaciones tribales de las que dan testimonio las fuentes literarias.

Un primer criterio diferenciador que permite establecer una inicial y por ello grosera diferenciación entre las agrupaciones humanas que se extendieron a lo largo de la costa catalana, y no el menor, nos puede venir dado por la mayor o menor proximidad de las mismas del núcleo colonial griego de *Emporion*. Pensamos, en efecto, que esta reflexión no es banal, puesto que, por las razones de mediatización que fueren, la influencia griega no actuó de la misma forma, y esto parece que es obvio, en su inmediato hinterland que en el extremo Sur del territorio que estamos tratando.

2. LOS RITMOS DEL PROCESO URBANIZADOR

Hoy por hoy, y mientras no se demuestre lo contrario, el asentamiento urbano más antiguo conocido en la Cataluña litoral es el de Illa d'en Reixach, situado al pie del oppidum de Ullastret, del que es el precedente inmediato. En él se halla perfectamente documentada, desde el último tercio del siglo VI, la existencia de casas de adobe sobre zócalo de piedra, las cuales a su vez obliteran cabañas anteriores de planta circular. Nada semejante encontraremos ni al Sur ni al Norte de este punto. A lo sumo, como ocurre en la fase inicial de Pech Maho, en la zona de las Corberas, o en la Peña del Moro, a las puertas de Barcelona, podremos hallar restos de cultura material que, asociados a importaciones griegas tipo cerámica ática de figuras negras o copas jónicas, nos permitirán reconocer una cronología idéntica a la de la fase inicial urbanizada de la Illa d'en Reixach, pero de ningún modo nos permiten decir que nos encontramos ante un iberismo ya constituido.

Por otra parte, no deja de ser sugerente el hecho de que sea precisamente poco después de iniciarse la urbanización del sector norte de la Neápolis emporitana cuando, de un lado, se produce la eclosión de urbanismo indígena que hemos identificado en Illa d'en Reixach, mientras que, del otro, como ya hemos señalado, comienzan a detectarse las primeras presencias de cerámicas griegas en los yacimientos indígenas tipo Pech-Maho o Peña del Moro, las cuales nos informan de un inicio incipiente de los tráficos comerciales griegos en el Languedoc ibérico y en Cataluña.

Este panorama, hacia el paso del siglo VI al siglo V a. de C., cambia completamente coincidiendo con la constitución de la *Polis* emporitana y con un muy evidente aumento de los tráficos comerciales entre la misma y los territorios costeros de Cataluña y del Languedoc ibérico. Estos profundos cambios, además, vienen avalados por ciertos documentos epigráficos de origen emporitano, escritos sobre lámina de plo-

mo, que, hallados en la misma *Emporion* o en un poblado mediatizado por ella como es el de Pech Maho, avalan de una forma incontestable que la nueva coyuntura económica tuvo realmente lugar. En ella y en los profundos cambios sociales que trajo consigo creemos ver nosotros el inicio de la Revolución Urbana en la Cataluña ibérica.

En otro lugar nosotros mismos hemos determinado una periodización de las fases del comercio griego en Cataluña a lo largo del siglo V, estableciendo sendos períodos que en líneas generales abarcan la primera y la segunda mitad de la centuria y que tomando como referencia los fósiles directores cerámicos de origen ático más característicos hemos denominado **Horizonte de las Cílicas del Tipo C** y **Horizonte de las Castulo-Cups**. El primero de ellos, que de hecho se inicia en los últimos años del siglo VI a. de C., corresponde al momento inicial de la expansión comercial emporitana en Cataluña tras el abandono del rico mercado tartésico y el consiguiente repliegue hacia zonas más septentrionales de la Península. Un ejemplo de la primera fase lo tenemos representado en el poblado del Puig de la Nau (Benicarló, Castellón), donde una cilica de figuras rojas de extraordinario tamaño debida al Pintor de Penthesilea, nos induce a pensar en una utilización de la misma por parte del elemento griego a guisa de don, con el objeto de congraciarse con el poder local y abrir de este modo las puertas del mundo indígena a los intereses económicos del elemento colonial mediante el conocido sistema del *Gift-Trade*. Para la segunda, este mismo yacimiento valenciano es un buen ejemplo, al que podemos sin duda añadir la vecina Moleta del Remei, ya en territorio catalán, donde al igual que en el Puig de la Nau, las Castulo Cups se cuentan por docenas.

Hemos querido poner de manifiesto precisamente yacimientos de la zona meridional catalana y septentrional valenciana próximas a la desembocadura del Ebro, por lo relativamente alejadas que se encuentran de *Emporion* y porque de hecho se hallan jalonando la ruta que conduce hacia Σαργάνθη, un topónimo que aparece mencionado en la carta griega sobre lámina de plomo hallada en Ampurias en 1985 y que, según los especialistas, debe ser considerado como la forma griega del nombre de la ciudad que en las fuentes latinas posteriores aparecerá con el nombre de *Saguntum*. A nosotros nos parece del todo evidente que para el siglo V podemos hablar ya de urbanismo plenamente consolidado a lo largo de todo el litoral catalán y valenciano, así como en el apéndice languedociano y que poblados como Pech-Maho, Ullastret, Moleta del Remei y Puig de la Nau lo avalan plenamente. Y, por si fuera poco, el testimonio que sobre la realidad histórica de Sagunto, ya en el siglo V a. de C., aporta el documento epigráfico que citábamos más arriba, hace que lo que la arqueología ya evidenciaba por sí misma, adquiera aún, si cabe, mayores visos de veracidad.

De otra parte, no hemos de olvidar el papel jugado por los cursos fluviales en el proceso de penetración de las influencias griegas durante el siglo V, de forma que en comarcas relativamente alejadas de la costa, como es la del Bages en Cataluña central, o en las de la Terra Alta y del Matarranya en el Sur del Prin-

cipado, ya en contacto con las tierras de Aragón, encontramos yacimientos que culturalmente hablando se igualan de una forma evidente con sus homólogos costeros, tanto por su urbanismo, cuanto por la cultura material que encierran. Los ejemplos de El Cogulló, de Puig Cardener y de Boades, en el Bages, así como los de Tossal del Moro, Els Castellans o Coll del Moro de Serra d'Almos, en las comarcas meridionales, así lo avalan.

3. LOS PUEBLOS IBERICOS EN EL SIGLO VI

Hace unos pocos años escribíamos que: «El siglo VI representa para las poblaciones costeras de la Península y de los llanos del Languedoc occidental la llegada de una uniformización cultural que vino a unificar bajo un común denominador a los diferentes fondos autóctonos que actuaban en estas zonas geográficas. Esta uniformización resulta claro que se dio, desde el punto de vista de la cultura material, con matices diferenciales..., pero en el fondo, tanto el rito de la incineración como otros muchos elementos culturales fueron los mismos de un extremo al otro del área indicada. Por otro lado, hay que hacer notar que esta comunidad cultural tuvo una vida muy corta y que, una vez iniciado el siglo V entró en crisis para fragmentarse en múltiples facies locales, que dieron rápidamente lugar a la diversificación tribal ibérica, la cual, desde el punto de vista material, es tan evidente». En la actualidad pensamos que esta visión puede ser aún mantenida y que, incluso, es susceptible de ser perfeccionada mediante el recurso de incluirla en unas coordenadas históricas y paleoetnológicas que quizá se echaban de menos cuando aquellas líneas fueron dadas a la imprenta.

En la actualidad, y a la luz de las nuevas evidencias que nos ha aportado un mejor conocimiento del impacto colonial griego a partir de *Emporion* sobre los yacimientos indígenas del litoral catalán y valenciano septentrional, nosotros pensamos que el registro arqueológico refleja de una manera muy fiable la realidad histórica explicitada en Hecateo de Mileto, tanto en lo referido a la cronología, cuanto a la extensión territorial de los distintos pueblos citados por este autor. Dejámos de lado el supuesto Periplo massaliota utilizado por Avieno como base de su *Ora Marítima*, por cuanto su fiabilidad es harto discutible habida cuenta de las manipulaciones realizadas por el poeta latino en el texto original y por la evidente diacronía que refleja al citar el elenco de los pueblos ibéricos.

Si nos detenemos, en cambio, en las escuetas noticias de Hecateo contenidas en la obra de Esteban de Bizancio, nos daremos inmediatamente cuenta del hecho que, para el territorio catalán, sólo encontramos dos nombres que designen etnias: la de los Ilaugates y la de los Misgetes, tras los cuales se esconde la totalidad de los grupos humanos de cultura ya ibérica que debían, territorialmente hablando, corresponder al Principado, pues vienen citados inmediatamente después de la de los Esdetes. Esta última denominación debe considerarse como la forma gentilicia que pre-

cedió a la de los Edetanos, lo que induce a ubicar al pueblo Esdete en el actual País Valenciano. La existencia de dos únicos gentilicios para un territorio que de hecho ultrapasaba los límites históricos estrictos de Cataluña, para adentrarse en territorio occitano hasta las cuencas de los ríos Orb y Hérault, nos parece que refleja de una forma muy diáfana la realidad poblacional ibérica durante el siglo VI, cuando se daba una uniformización cultural que unificaba, tal como decíamos más arriba, a todo el territorio costero catalán, no sólo desde el punto de vista de la cultura material, sino también desde el de los ritos y las creencias. Esta globalidad, evidentemente traduce el parco conocimiento que aún en el siglo VI tenían los griegos foccos de *Emporion* —los más que probables informadores del jonio Hecateo—, de esta parte de la Península en la que apenas habían actuado, interesados como estaban todavía por las regiones meridionales aledañas del Estrecho de Gibraltar, donde su huella, caso de Huelva, se revela en este momento mucho más potente que no en la propia Cataluña costera.

Llegados hasta este punto, se nos plantea inmediatamente el problema de saber cuál fue en el siglo VI la extensión territorial de cada grupo, así como el llegar a conocer los límites entre una y otra etnia.

En lo que hace referencia a los Misgetes (del verbo griego Μίξω: mezclar), la etimología de su nombre permite pensar que los informadores de Hecateo pudieron haber observado dos cosas en el momento de designar a los iberos más septentrionales del modo que lo hicieron, es decir, considerándolos el producto de una mezcla. La primera, para nosotros, podría indicar que un grupo humano culturalmente ya ibérico se hubiese fusionado a unas poblaciones autóctonas, culturalmente adscritas a lo que damos en llamar la Primera Edad de Hierro, dando lugar esta unión a la aparición de los Misgetes históricos; mientras que la segunda evocaría el hecho de una proximidad de los iberos con respecto a las poblaciones célticas de la Galia meridional, con el consiguiente trasvase humano y cultural creador del mestizaje que el gentilicio revela. En nuestra opinión, resulta posible pensar en ambos fenómenos a la vez y postular una llegada al Languedoc de influencias humanas y culturales desde la península a lo largo del siglo VI, las cuales, en parte, incluso habrían sido potenciadas por los emporitanos. En efecto, la identidad cultural ibérica es tan flagrante entre los territorios del Ampurdán, del Rosellón y del territorio occitano políticamente incluido hoy en el actual departamento del Aude, que no hay razón alguna para no poder pensar que esta identidad no sea el reflejo de una cultura común propia de un mismo pueblo cuyo nombre histórico sería el de Misgetes. Este, por otra parte, es el único gentilicio etimológicamente griego de todos los referidos por Hecateo, por lo que tuvo que haber sido otorgado por los griegos de *Emporion* a una realidad que tenían muy cercana y a la que podían conocer y analizar, cultural y antropológicamente hablando, mucho mejor que a cualquiera de las otras, geográficamente mucho más alejadas de la ciudad griega, que ésta. Además, hemos de tener en cuenta que los griegos emporitanos fueron unos testigos de excepción a los que les fue dado asistir al desarrollo de todo el

proceso de transformación de las poblaciones autóctonas situadas en los territorios que circundaban su establecimiento colonial. Ellos vieron cómo al amparo de su propia influencia económica y cultural, de una parte, y de la llegada de elementos humanos de cultura ibérica desde el Sur, de la otra, se producía a lo largo de la segunda mitad del siglo VI, una transformación radical de las formas de vida indígenas, que desde la más absoluta barbarie pasaron a ser las propias de la civilización urbana mediterránea de la época clásica.

Un ejemplo parlante de lo que sucedió durante este siglo lo tenemos precisamente documentado a la vera de la misma *Emporion*, en la necrópolis de incineración de la Muralla Nord-Est, excavada y publicada por M. Almagro Basch, en cuyas tumbas tenemos representados todos los ejemplos de la cultura material de esta población indígena en trance de transformación. En efecto, junto a las producciones autóctonas de cerámicas a mano propias del periodo Gran-Bassin I, encontramos, de un lado, las importaciones griegas y etruscas traídas por el elemento colonial, mientras que del otro, aparecen las primeras cerámicas a torno ibéricas, junto a los elementos metálicos en hierro y bronce característicos del primer momento ibérico. A nuestro modo de ver, nada mejor que las tumbas de esta necrópolis para mostrar la realidad del proceso que condujo a la aparición del grupo ibérico históricamente asimilables a los Misgetes. De otra parte, hemos de recordar la existencia de enterramientos idénticos desde las cercanías de Barcelona, caso de la tumba de la Granja Soley, hasta la región de Narbona-Béziers, que, culturalmente hablando, igualan a estas comarcas con el epicentro ubicado en la región emporitana.

Quede pues constancia que para nosotros los Misgetes fueron el pueblo ibérico del siglo VI, territorialmente situado en el macizo del Garraf, al sur de su dominio, y la franja mesopotámica ubicada entre los ríos Orb y Hérault, al norte del mismo. En definitiva, los Misgetes fueron el pueblo ibérico que tras la fragmentación tribal del siglo V, habría dado lugar a la aparición de los Layetanos, Ausctanos, Indiketetas, Sordones y Elísicos.

Los Haraugates, por su parte, situados como estaban al sur de los Misgetes, debieron de extenderse por la costa catalana a partir de la vertiente sur del Garraf hasta los territorios aledaños al curso final del Ebro. El fraccionamiento posterior de esta etnia habría dado lugar a la aparición de Hecavones, Hergetes y Cosetanos. Los segundos serían el fruto de una progresión y posterior fijación de una rama ilaraugate hacia y en las tierras vertebradas por los ríos Segre y Cinca, mientras que en los últimos se detectaría una cierta mezcla de elementos como resultado del inicial contacto entre Misgetes e Haraugates.

Esta división, de otra parte, concuerda con la que los geógrafos han establecido entre una Cataluña húmeda y otra seca, las cuales, asimismo, se solapan con las denominadas Cataluña Vieja y Cataluña Nueva, de cuya existencia tantas pruebas tenemos a lo largo de la historia.

4. LOS PUEBLOS IBERICOS EN LA EPOCA DE PLENITUD

Con la llegada del siglo V adviene con toda probabilidad la fragmentación de los troncos iniciales ibéricos a cuyo conocimiento habíamos accedido gracias a una fuente tan importante como es Hecateo de Mileto *apud* Esteban de Bizancio. Sin embargo, y por desgracia, estamos desprovistos de las fuentes históricas que nos tendrían que explicitar cuáles fueron los gentilicios de los pueblos indígenas posteriores a Ilarau-gates y Misgetes; por ello será necesario esperar hasta la Segunda Guerra Púnica para volver a encontrar citados a una serie de pueblos ibéricos que los historiadores clásicos consideraron política y culturalmente diferenciados entre sí. Es por esta razón que se abre un extenso vacío entre el siglo V y el paso del siglo III al siglo II a. de C., razón por la cual sólo la Arqueología estará en condiciones de ofrecer una posibilidad de aproximación a la realidad histórica de los iberos en territorio catalán durante tan largo período de tiempo.

Una de las cosas que más ha llamado la atención de los investigadores que de forma sucesiva se han ocupado del estudio de la cultura ibérica en el ámbito territorial de la actual Cataluña, y en los siglos ocupados por la época plena de la misma, es su marcada uniformidad, como mínimo aparente: poblados fortificados y siempre situados en lugares de fácil defensa, cerámicas de cocción oxidante y escritura ibérica, por no poner más que algunos de los ejemplos más conocidos, son características bien generales que sirven para definir en cualquier lugar —y no sólo en Cataluña— la cultura material ibérica.

Sabemos también que esta uniformidad de la cultura material ibérica arranca del fortísimo impacto colonial primero fenicio y después griego sufrido desde final del siglo VII y a todo lo largo del siglo VI por las poblaciones costeras situadas entre la zona de la desembocadura del Ebro y el Golfo de León. Este impacto, por consiguiente, afectó a poblaciones diversas, de orígenes y culturas materiales diversos, que ocupaban el suelo catalán a finales de la Primera Edad del Hierro, algunas de las cuales eran autóctonas pero otras habían llegado hacía poco tiempo. En el siglo VI, por consiguiente, sólo le cabe al investigador distinguir los distintos pueblos del NE. de la Península Ibérica gracias a la arqueología por su distinto grado de «iberización», entendiéndolo como la asunción de las características que acabarán conformando la cultura material ibérica. En el siglo V, y con la implantación del iberismo pleno, da la sensación, como hemos dicho, que se ha producido una uniformización cultural casi absoluta, y que la civilización material ibérica, con el poderoso impulso que le presta el factor colonial griego, ha anulado cualquier indicio diferenciador de las antiguas poblaciones protohistóricas catalanas, tal vez con la única excepción de algunos tímidos motivos ornamentales de las cerámicas modeladas a mano, relegadas además a la categoría de simples cacharros de cocina.

Sin embargo, a fines del siglo III a. C., las fuentes literarias empiezan a hablarnos sistemáticamente de una serie de pueblos distintos en Cataluña, los cuales

parecen hablarnos de realidades étnicas diferenciadas que podrían encontrar sus raíces en las poblaciones protohistóricas anteriores al desencadenamiento del proceso de iberización. Esta multiplicidad de pueblos contrasta con la uniformidad que las fuentes —y especialmente Hecateo— parecen presentarnos para las etapas más antiguas del iberismo catalán. Pero también contrasta con la existencia de los grandes pueblos ibéricos coetáneos que conocemos más al sur y que ocupaban extensiones de terreno equiparables muchas veces a provincias actuales enteras. A su lado sorprende el elevado número de nombres de pueblos distintos que conocemos para el territorio catalán, pueblos a los que a veces puede corresponder tan sólo la extensión de una comarca.

La investigación tradicional ha considerado a todos estos pueblos como perfectamente individualizados, y claramente distintos los unos de los otros. Además, los geógrafos han tendido a remarcar las posibilidades de comparación del mapa de distribución de estos pueblos con el mapa comarcal catalán, mientras que los medievalistas han tendido a sacar provecho de la comparación de este mismo mapa con el de los condados y el de los obispados de la Edad Media, todo ello realizando en definitiva la vivacidad, persistencia y profundidad del factor comarcal en Cataluña en todas las épocas.

Sin embargo, la Arqueología no puede decirse que haya ayudado mucho hasta ahora en la tarea de otorgar una personalidad claramente diferenciada a cada uno de estos pueblos. Tan sólo Bosch Gimpera se planteó de forma sistemática la posibilidad de resolver la cuestión, especialmente en un trabajo suyo, muy poco conocido, que publicó en 1922: en él, partiendo del supuesto razonable de la importancia del sustrato, y apoyándose en los datos de las fuentes literarias así como en algunos indicios arqueológicos como la existencia o no de cerámicas pintadas, propuso una reconstrucción histórica y paleoetnológica a la que la mayor crítica que puede hacerse en conjunto es de prematura, pero en la que ya apuntan numerosos indicios que habrá que tener en cuenta.

Las investigaciones posteriores, sin embargo, poco han avanzado por este camino, de manera que los trabajos que han ido viendo la luz han tendido sobre todo a poner el acento en la evolución cronológica de la cultura ibérica catalana, describiendo las características de la cultura material de cada una de sus fases sucesivas, pero poniendo el acento en los elementos uniformizadores —tal vez por ser los fósiles cronológicos más seguros— antes que en los que podrían permitir establecer diferenciaciones regionales.

Ante este panorama que nos sigue mostrando una cultura ibérica esencialmente uniforme desde el Ebro hasta el Hérault, Tarradell llegó a formularse una pregunta que nos parece esencial, y que debe ser previa a cualquier investigación sobre el tema: ¿eran los antiguos pueblos ibéricos catalanes mencionados por las fuentes auténticas realidades diferenciadas étnica y culturalmente, o por el contrario no eran sino simples superestructuras políticas, semejantes en definitiva a los reinos de taifas medievales? Siempre, según Tarradell, si la respuesta correcta es la primera, el estudio de cada uno de estos pueblos, incluidos sus



FIG. 1. *Áreas geográficas de las etnias prerromanas en Cataluña.*

límites, tendría mucho más interés que si la respuesta correcta resultase ser la segunda. De ahí, pues, la necesidad de responder urgentemente a la cuestión.

Estos últimos años la cuestión no ha sido abordada frontalmente, que sepamos, por nadie; pero en cambio numerosos investigadores, conscientes del dilema, han aportado pruebas, diseminadas en trabajos de diversa índole, que conciernen aspectos puntuales de la problemática global. Lo que aquí vamos a presentar ahora es un cierto número de datos desiguales y de valor dispar, cuyo único factor común es el de ser pruebas arqueológicas que parece que nos permiten empezar a distinguir unos pueblos de otros. No queremos entrar, por ahora, ni en el significado real de estos datos ni en su valor probatorio. Recogidos casi siempre de forma incidental durante visitas a yacimientos o museos, en conversación con colegas o como resultado de consultas bibliográficas con otro

objetivo, nuestro trabajo no pretende sino abrir un camino que el futuro habrá de decir si es o no equivocado. El método, en todo caso, es inverso al descrito al comienzo de este trabajo: es decir, una vez fijadas ciertas especificidades en una zona determinada, se ha comprobado si las mismas pueden corresponder a alguno de los pueblos que nos citan las fuentes, y si pueden servir para distinguirlos de sus vecinos, precisando de modo muy general los límites de unos y otros.

5. LOS PUEBLOS DE LA COSTA

Siguiendo el ejemplo ilustre de Ptolomeo, estudiaremos en primer lugar los pueblos de la costa, para repasar seguidamente los del interior. De ellos enumeraremos más o menos sucintamente los elementos diferenciadores que conocemos.

La zona del Bajo Ebro

A esta zona, y del brazo del potente impacto colonial griego, llegarán en el siglo V unos peculiares sistemas defensivos, a base de complejas estructuras en torno a una torre central de planta absidal. Estos dispositivos poliorcéticos, de los que el ejemplo más impresionante se encuentra en el Coll del Moro de Gandesa, se localizan desde la costa del Maestrazgo —el Puig de la Nao de Benicarló— hasta las comarcas de la Terra Alta —el Tossal del Moro de Pinyeres— y del Matarranya —Sant Antoni de Calaceit—. Vemos pues, que estas características fortificaciones cubren una amplia zona que se estructura en torno al curso bajo del Ebro. Las hay, además, de mayores y menores proporciones, aunque siempre con características semejantes, notándose además una multiplicación de pequeños poblados fortificados al oeste del de Sant Antoni de Calaceit, coincidiendo precisamente con la zona donde se ha podido fijar la frontera entre sedetanos e ilerqaones a base de otros indicios. Este sistema defensivo con una torre central cubre, por consiguiente, el área que las fuentes escritas atribuyen uniformemente a los ilerqaones, y parece ser exclusivo suyo.

A ésta podemos añadir otras características arquitectónicas, como la construcción de edificios complejos que requieren incluso el uso de escaleras, o la de cisternas a veces de tamaño considerable. A resaltar aún el uso de molinos circulares como mínimo desde el siglo V, así como la abundancia de cerámicas pintadas y la ausencia de silos.

La zona tarraconense

Los estudios recientes sobre el poblamiento ibérico en esta zona han venido a demostrar la existencia de un hábitat muy denso y disperso, en lugares poco elevados y prácticamente sin preocupaciones defensivas. Estos pequeños poblados gravitan en torno a otros núcleos mayores y más espaciados —caso de Adarró—. Este modelo de hábitat, que conoce algunos lugares de culto pero que ignora las cisternas, alcanza por el norte hasta el macizo del Garraf, donde acaba bruscamente, coincidiendo con la frontera histórica entre la Cataluña Nueva y la Cataluña Vieja, y también con la frontera entre cosetanos y layetanos. Este modelo de hábitat parece, pues, ser característico de los cosetanos.

De los cosetanos sabemos también que usaron de cerámica pintada ibérica hasta el siglo III a.C., y que por el contrario la cerámica a mano fue pronto muy escasa entre ellos.

La zona barcelonesa

Al Norte del Garraf se registra un abrupto cambio en el sistema de hábitat, puesto que nos encontramos con numerosos poblados fortificados, ubicados generalmente en lugares altos y de fácil defensa. Evidentemente, hay poblados de todos los tamaños, estructurándose los pequeños en torno a los mayores, entre

los cuales caben destacar por su extensión el de Montjuic y el de Burriac. Este modelo de poblamiento ocupa desde el curso del Llobregat al sur hasta el del Tordera al norte, comprendiendo la totalidad del Vallés tras la Cordillera Litoral Catalana. Este territorio se corresponde, en definitiva, con el de los layetanos, quienes no construyeron cisternas pero sí que usaron, en cambio, ampliamente de los silos, desconocidos por sus vecinos meridionales. En los poblados layetanos la cerámica a mano es netamente más abundante que en los cosetanos, y en cambio los layetanos abandonaron muy pronto el uso de la cerámica ibérica pintada, cobrando especial relevancia las cerámicas grises.

El Ampurdán

Si el modelo de poblamiento layetano alcanza por el norte hasta los confines de la Selva, más allá de ésta y del macizo de las Gavarres se abre la amplia llanura del Ampurdán, que alcanza a su vez hasta la Albera, donde el Pirineo confina con el Mediterráneo. Aquí se registra un nuevo cambio en el modelo de hábitat, con enormes núcleos de población que hay que calificar de ciudades, protegidos por sofisticados sistemas defensivos. Estas ciudades, rodeadas de grandes murallas y con complejas muestras arquitectónicas que requieren el uso de escaleras y entre las que se cuenta un cierto número de edificios públicos, que desarrollan calles empedradas con aceras y plazas y que poseen abundantes cisternas, son sin embargo muy escasas: se localizan controlando determinadas vías fluviales —caso del Puig de Sant Andreu de Ullastret— o bien puntos propicios de la costa —caso del Castell de Palamós—. Resulta obvio, por todo ello, que las poblaciones del Ampurdán conocieron precozmente un urbanismo extraordinariamente desarrollado, debido a la presencia inmediata griega emporitana, de cuyos orígenes en el siglo VI ya hemos hablado al principio. Más aún, el aspecto de estas ciudades ha hecho que algunos autores se pregunten si no estaríamos en realidad ante genuinas ciudades griegas.

Por otro lado, el descubrimiento de campos de silos en el Ampurdán, a veces ingentes y relativamente alejados de la costa como el del Mas Castellà de Pontós, han sido interpretados como centros de almacenamiento de grano para uso de Emporio, lo cual implica el establecimiento de explotaciones agrícolas y de reservas alimentarias en beneficio de la ciudad griega y muy al interior de las tierras ampurdanesas. Da la sensación que desde el siglo V los emporitanos controlan eficazmente la práctica totalidad del llano del Ampurdán, contando para ello con la colaboración de los pobladores de los importantes núcleos urbanos de la comarca. Que los pobladores de estos núcleos eran ibéricos lo prueban no sólo las abundantes inscripciones ibéricas halladas en ellos, sino también la evidencia de que en la misma Emporio habitaban iberos y su lengua y escritura eran de uso corriente en la ciudad: en un contrato comercial entre griegos, todos los testigos llevan nombres ibéricos, mientras que un ciudadano emporitano recibía normalmente una carta de un corresponsal escrita en ibérico, todo ello entre los siglos V y III a.C.

De la identidad de los pobladores ibéricos del Ampurdán no tenemos ninguna duda: son los indigetes de las fuentes escritas a partir del siglo III, sin duda descendientes de los misgetes de Hecateo. Y si la hipótesis que hemos emitido hace poco es correcta, cabría inferir que su grado de helenización era tal que, políticamente, indigetes y emporitanos se habrían fundido en una sola polis, lo cual vendría probado por la numismática que establece la equivalencia de los letreros griego *Emporitón* e ibérico *Untikesken*. Esto justificaría la frecuente confusión de los términos "indigete" y "emporitano" en las fuentes antiguas, e incluso el nombre de ciudad Indica en Esteban de Bizancio, que no sería sino el nombre ibérico de la griega Emporio —¿tal vez con idéntico significado?—.

También los indigetes sufrieron la profunda huella griega en la cultura material. Es inútil recordar la gran abundancia de cerámicas áticas, cuya llegada no sufre ningún tipo de inflexión a principios del siglo V, sino todo lo contrario. Conviene recordar en cambio la importancia de las cerámicas griegas de Occidente. Y entre las producciones indígenas, y frente a la ausencia casi total de cerámicas grises antiguas, una gran preponderancia de cerámicas grises en los siglos posteriores, entre las que cabe destacar las llamadas «grises emporitanas». También hay que recordar la existencia de cerámicas pintadas, muy características, y las decoradas con pintura blanca, consideradas por algunos investigadores como auténticos fósiles directores del mundo indigeta.

El Rosellón y el Languedoc Occidental

Aunque formalmente fuera del área que se nos ha asignado en esta ponencia, e incluso de la Península Ibérica estricta, no queremos dejar de ocuparnos aquí, ya sea brevemente, del apéndice ibérico que tenemos en las poblaciones costeras en torno al Golfo de León. Porque ibéricos fueron sin duda los sordones del Rosellón y los elisicos del Languedoc Occidental, como lo demuestra la abundancia de inscripciones y graffiti que usan de la lengua y de la escritura ibéricas.

Estos pueblos poseyeron un modelo de hábitat muy semejante al indigeta, con grandes y enormes núcleos de población tales como Elna, Castell Rosselló, Pech Maho, Montlaurés y Ensérune. En este área, que va de la Albera al río Hérault, se registra un claro predominio de ánforas ibero-púnicas y de las producciones de Emporio y de Roda, hasta el extremo que puede decirse que el iberismo en el Languedoc llega justo hasta donde llega la influencia comercial de las ciudades griegas ampurdanesas. De este modo, el cambio con respecto a la cultura material del Languedoc Oriental, no ibérico, más allá del Hérault, es sorprendente e instructivo.

6. LOS PUEBLOS DEL INTERIOR

El valle del Ter

Esta zona, articulada sobre todo en torno al llano de Vic u Osona, se caracteriza en cuanto a los núcleos de población por los poblados llamados del tipo

«barrera», generalmente situados en una elevación de terreno cuya plataforma superior tiene forma de península, y en la que fortifican tan sólo el «istmo» mediante una muralla que constituye una auténtica barrera.

No está claro cuál sea la valoración que tengamos que hacer del monumento de Malla, pero sí que podemos asegurar que los iberos de esta zona erigieron monumentos funerarios figurados. También conocemos alguna inscripción rupestre. Todas estas características nos definen el territorio ocupado por los ausetanos de las fuentes escritas, a cuyo país no parecen haber llegado las importaciones griegas antes del siglo IV, lo cual demostraría no sólo las dificultades de acceso a esta región, sino también la inexistencia antes del siglo IV de caminos terrestres desde el Ampurdán hacia el interior. La cerámica ibérica no está pintada.

La zona central catalana

Al contrario de la Plana de Vic, las comarcas del Bages y del Solsonés, articuladas en torno al Llobregat y su afluente, el Cardener, recibieron con extraordinaria precocidad las influencias griegas que, procedentes de la costa, remontaron el curso fluvial desde el siglo VI, demostrando la importancia de esta vía de penetración comercial.

La cerámica ibérica es relativamente escasa y, en todo caso, sin decoración pintada. Pero en cambio, y con una cronología de los siglos IV y III, encontramos una cerámica gris con decoración estampillada extraordinariamente característica, que se difunde a todo lo largo del curso del Llobregat y del Cardener, extendiéndose por el oeste hacia las comarcas del Anoia y la Segarra.

El modelo de hábitat nos presenta, como entre los layetanos, numerosos poblados siempre en sitios elevados y de fácil defensa, rodeados por murallas, aunque también conocemos excepciones cerca de los cursos fluviales, sin duda por necesidades comerciales, como es el caso de Boades. Uno de los poblados mayores es el del Cogulló, en una situación inmejorablemente dominante sobre el llano del Bages, cuyas imponentes murallas que remontan al siglo V denotan la influencia poliercética griega. Como los layetanos, también los habitantes de esta zona conocen el uso de silos.

La zona que hemos descrito con estas características se corresponde con la atribuida a los lacetanos por las fuentes escritas. No obstante, queremos resaltar las semejanzas de lacetanos y layetanos tanto en lo referente al modelo de hábitat como en la poliercética, como en la cultura material —cerámica ibérica sin pintar, cerámica gris estampillada—. Si por otro lado recordamos que los influjos griegos hubieron de llegarles a los lacetanos desde la costa layetana, quedan claramente puestas de manifiesto las relaciones privilegiadas desde época muy temprana entre estos dos pueblos vecinos, uno costero y otro interior, sin duda emparentados como lo demuestra la semejanza de sus nombres, que algunos autores se han preguntado incluso si no se trataría de un solo y único pueblo.

El problema es que, tras la conquista romana, no existe una ceca lacetana. Por el contrario, la ceca activa en estas comarcas según los estudios numismáticos es la de *Ilirkesken*, que incluso podría ser que hubiese que situarla en el Cogulló o en sus alrededores. Este problema aún no ha sido ni tan sólo abordado desde el punto de vista histórico.

La zona de Lérida

Esta amplia zona que va desde los llanos de Urgel por el este, hasta Huesca por el oeste, conoció un poblamiento extremadamente denso en lugares elevados y siempre amurallados, que van desde el pequeño poblado de dimensiones minúsculas hasta las verdaderas ciudades como puede ser el caso del Molí d'Espígol de Tornabous. De todos modos la mayoría de poblados mantienen unas dimensiones notables, con murallas imponentes y casi siempre con cisternas. En cambio hay que registrar la ausencia de silos, que son sustituidos por *dolia*. Los mayores núcleos de población poseen algún edificio público —¿cultural?— y calles empedradas.

En esta zona, que se corresponde perfectamente con la de los ilergetes de las fuentes escritas, hay que destacar la importancia de las importaciones emporitanas, y entre las producciones indígenas la cerámica ibérica pintada, a veces con formas muy características como las tulipas, las interesantes producciones de

barniz rojo —auténtico fósil director de la cultura material ilergeta en el siglo III—, y las cerámicas a mano de tradición hallstática, herencia del potente sustrato protohistórico de la región.

Cabe destacar uno de los misterios más intrigantes de la cultura ilergeta: la existencia de importantes monumentos epigráficos y figurados sólo en la zona de Huesca, no en la de Lérida. A esta cuestión no se le ha dado aún una explicación satisfactoria.

La zona pirenaica

Toda esta zona estaba habitada por los cerretanos, que por Oriente ocupaban como mínimo la Cerdaña y por Occidente se ha demostrado recientemente que alcanzaban el Pirineo aragonés. Se trataba de poblaciones con un nivel de civilización sensiblemente inferior al de sus vecinos meridionales, a las que no llegó ningún tipo de influencia griega. Su cultura material se caracteriza por la total ausencia de cerámicas a torno, sustituidas por cerámicas a mano, llamadas «cerretanas», con una exuberante decoración incisa.

Su iberismo, sin embargo, ha sido puesto de manifiesto por el reciente hallazgo en Cerdaña de numerosas inscripciones rupestres en lengua y escritura ibérica, que datan probablemente ya de época romana. Este descubrimiento ha de obligar, en todo caso, a replantearse cuestiones tales como el sustrato vascoide de las poblaciones pirenaicas.

BIBLIOGRAFIA

- R. d'Abadal i de Vinyals 1967. *Els Precedents Antics a la Història de Catalunya* (Biblioteca Selecta, 400), Barcelona.
- M. Almagro 1955. *Las Necrópolis de Ampurias*, vol. II, Barcelona.
- O. Arteaga y M. R. Serna 1975. Los Saladares - 71, en *Noticario Arqueológico Hispánico. Arqueología*, 3, pp. 3-140.
- O. Arteaga, J. Padró y E. Sanmartí 1986. La Expansión fenicia por las costas de Cataluña y del Languedoc, en *Los Fenicios en la Península Ibérica*, vol. II. *Aula Orientalis*, IV, Sabadell, pp. 303-314.
- 1990. *El Poblado Ibérico del Tossal del Moro de Pinyeres (Batea, Terra Alta, Tarragona)*. (Monografies Arqueològiques, 7), Barcelona.
- J. Barberà i Farras y E. Sanmartí i Grego 1982. *Excavacions al Poblal Ibèric de la Penya del Moro de Sant Just Desvern (Barcelonès)*. *Campanyes 1974-1975-1977-1981* (Monografies Arqueològiques, 1), Barcelona.
- J. Barberà y X. Dupré 1984. Els Laietans, assaig de síntesi, en *Fonaments*, 4, pp. 31-86.
- P. Bosch Gimpera 1922. *Assaig de Reconstituïció de l'Etnologia de Catalunya. Discursos llegits en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, Barcelona.
- 1932. *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.
- F. Esteve Gálvez 1974. *La Necrópolis Ibèrica de la Oriola cerca de Amposta (Tarragona)* (*Estudios Ibéricos*, V), Valencia.
- F. Gracia Alonso, G. Munilla Cabrillana y R. Pallarés Comas. 1988. *La Moleta del Remei-Alcanar, Montsià. Campañas 1985-1986*, Tarragona.
- E. Junyent Sánchez 1987. «El poblamiento ibérico en el área ilergeta», en *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico, Jaén 1985*, Jaén, pp. 57-65.
- J. Maluquer de Motes y Nicolau *et alii* 1986. *Arquitectura i Urbanisme Ibèrics a Catalunya (Programa d'Investigacions Protohistòriques)*, Barcelona.
- J. Maluquer de Motes y Nicolau 1987. *Cataluña (Programa de Investigaciones Protohistóricas)*, Barcelona.
- M. A. Martín y E. Sanmartí 1976-78. Aportación de las excavaciones de la «Illa d'en Reixach» al conocimiento del fenómeno de la iberización en el Norte de Cataluña, en *Simposi Internacional: Els Orígens del Món Ibèric, Barcelona-Empúries, 1977 - Ampurias*, 38-40, Barcelona, pp. 431-447.
- M. A. Martín 1987. El Poblamiento ibérico en el Empordà, en *Iberos*, citado, pp. 19-33.
- M. Mascort i Roca, J. Sanmartí i Grego y J. Santacana i Mestre 1988. L'establiment protohistòric d'Aldovesta (Benifallet, Baix Ebre). Un punt clau

- del comerç fenici a la Catalunya meridional, en *Tribuna d'Arqueologia 1987-1988*, Barcelona, pp. 69-76.
- M. Miret, J. Sanmartí y J. Santacana 1984. Distribución espacial de núcleos ibéricos: un ejemplo en el litoral catalán, en *Arqueología Espacial. Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos*, Teruel, vol. 4, pp. 173-186.
- M. Miret 1986. Dades sobre el poblament ibèric (segles VI-III a.C.) a la comarca de Garraf (Barcelona), en *Protohistòria Catalana. 6è Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, 1984*, Puigcerdà, pp. 219-225.
- M. Miret, J. Sanmartí y J. Santacana 1986. La Evolución y el cambio del modelo de poblamiento ibérico ante la romanización: un ejemplo, en *Los Asentamientos Ibéricos ante la Romanización*, Madrid, pp. 79-88.
- J. Padró i Parcerisa 1971. Breus notes sobre els escarabeus i escaraboids de la necròpolis de Can Canyís, en *Pyrenae*, 7, pp. 129-133.
- 1980-85. *Egyptian-tipe Documents from the Mediterranean Littoral of the Iberian Peninsula before the Roman Conquest (Etudes Préliminaires aux Religions Orientales dans l'Empire Romain, t. 65)*, Leiden, 3 vols.
- J. Padró y J. Sanmartí 1987. L'Ocupació del territori per la polis emporitana i la seva significació econòmica. Algunes hipòtesis, en *Fonaments*, 6, pp. 23-26.
- J. Padró 1987. El Poblamiento ibérico en el interior de Catalunya, en *Iberos*, citado, pp. 35-55.
- E. Pons y M. del Vila 1977. Nuevos aportes al estudio de la necrópolis de Perelada (Gerona), en *XIV Congreso Nacional de Arqueología, Vitoria, 1975*, Zaragoza, pp. 681-694.
- M. Prevosti, J. Sanmartí y J. Santacana 1987. Algunes hipòtesis sobre els objectius i estratègies de la colonització romana a la costa central de Catalunya, en *Jornades Internacionals d'Arqueologia Romana*, Granelers, pp. 85-96.
- E. Sánchez i Campoy 1987. *El Poblament Pre-romà al Bages*, Manresa.
- E. Sanmartí Grego 1973. Materiales cerámicos griegos y etruscos de época arcaica en las comarcas meridionales de Cataluña, en *Ampurias*, 35, pp. 221-234.
- E. Sanmartí Grego y F. Gusi Jener 1976. Un Kylix del Pintor de Penthesilea procedente del poblado ilevarcón de El Puig (Benicarló, Castellón), en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 3, pp. 205-218.
- E. Sanmartí Grego 1976. Cerámicas de importación ática de El Puig de Benicarló (Castellón), en *CPAC*, 3, pp. 219-228.
- E. Sanmartí y J. Padró 1976-78. Ensayo de aproximación al fenómeno de la iberización en las comarcas meridionales de Catalunya, en *SIOMI, citado - Ampurias*, 38-40, pp. 157-176.
- E. Sanmartí, J. Barberà, F. Costa y P. García 1982. Les Troballes funeràries d'època ibèrica arcaica de la Granja Soley (Santa Perpètua de Mogoda, Vallès Occidental, Barcelona), en *Ampurias*, 44, pp. 71-103.
- E. Sanmartí i Grego 1984. Observaciones acerca del poblado ibérico de San Antonio de Calaceite en relación a su funcionalidad rectora en el poblamiento de su área de influencia, en *Arqueología Espacial*, citado, pp. 161-171.
- E. Sanmartí y R. A. Santiago 1987. Une Lettre sur plomb trouvée à Emporion (fouilles 1985), en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 68, pp. 119-127.
- E. Sanmartí i Grego. La cultura ibérica del Sur de Catalunya, en *Iberos*, citado, pp. 67-75.
- J. Sanmartí, J. Santacana y R. Serra 1984. *El Jaciment Ibèric de l'Argilera i el Poblament Protohistòric al Baix Penedès* (Quaderns de Treball, 6), Barcelona.
- J. Sanmartí y J. Santacana 1986. Análisis funcional de los recintos domésticos del poblado de Alorda Park (Calafell, Baix Penedès, Tarragona), en *Arqueología Espacial. Coloquio sobre el Microespacio*, 3 vol. 9, Teruel, pp. 257-269.
- 1986. La Jerarquía de nuclis en el poblament ibèric de la costa del Penedés, en *Protohistòria Catalana*, citado, pp. 227-243.
- R. A. Santiago y E. Sanmartí 1988. Notes additionnelles sur la lettre sur plomb d'Emporion, en *ZPE*, 72, pp. 100-102.
- R. A. Santiago Alvarez e.p. En torno a los nombres antiguos de Sagunto, en *Saguntum*, 22.
- W. Schüle 1960. Probleme der Eisenzeit auf der Iberischen Halbinsel, en *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseum Mainz*, 71, pp. 15-125.
- Y. Solier, G. Rancoule y M. Passelac 1976. *La Nécropole de «Las Peyros», VIe siècle av. J-C., à Couffoulens (Aude)* (Revue Archéologique de Narbonnaise. Supplément 6), Paris.
- Y. Solier 1976-78. La Culture ibéro-languedocienne aux VIe-Ve siècles, en *SIOMI*, citado - *Ampurias*, 38-40, pp. 211-264.
- Y. Solier, G. Rancoule y M. Passelac 1981. *La Nécropole de «Las Peyros» à Couffoulens (Aude). Découverte d'un second groupe de tombes*, en *Revue Archéologique de Narbonnaise*, XIV, pp. 1-70.
- M. Tarradell 1962. *Les Arrels de Catalunya* (Biografies Catalanes, Introducció), Barcelona.
- S. Vilaseca Anguera, J. Solé Caselles y R. Mañé Güell 1963. *La Necrópolis de Can Canyís (Banyeres, prov. de Tarragona)* (Trabajos del Seminario de Historia Primitiva del Hombre, VIII), Madrid.